

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 14 Diciembre 1916.

Número 50.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

La miseria espiritual del clero

Los panegiristas del clero rural exageran un tanto cuando nos hablan de su vida llena de privaciones. En muchas parroquias, la casa rectoral es un palacio comparada con las chozas de los campesinos. No son pocos los curas de aldea que pueden permitirse el lujo de jugar al tresillo lo que les sobra después de cubrir todas sus atenciones. La falta de medios materiales no impide á los clérigos de misa y olla—más de olla que de misa—reunirse en comilonas y banquetes que comenta donosamente la socarronería popular. Parece que fué así en todos los tiempos; en los que ganaron fama de ascéticos, una literatura tan castiza como regocijada nos muestra el fervor que inspiraban á nuestros religiosos doña Cecilia y don Chorizo. El tipo de clérigo glotón es uno de los temas predilectos de la sátira y anda en dichos y refranes. Mas, en fin de cuentas, no sería la pobreza del clero un obstáculo á la alta misión que la Iglesia pretende cumplir. Ha sido, por el contrario, la excesiva riqueza lo que más ha dañado al ideal religioso. Contra las acumulaciones de bienes terrenos en manos de la Iglesia protestaban ya los españoles de la época en que era el catolicismo un sentimiento nacional. Cisneros necesitó de toda su energía para refrenar los excesos de un clero corrompido, excesos que es el primero en flagelar un escritor creyente como Menéndez y Pelayo. En la época moderna, la amortización eclesiástica es uno de los abusos que más contribuyen á desencadenar la revolución. El gran Montalembert, insignie campeón de la fe católica, reprobaba enérgicamente la avaricia del alto y bajo clero y encuentra disculpable el odio del pueblo contra los acaparadores de la riqueza nacional. Nada realzaría tanto el prestigio de la Iglesia, divorciada de las

aspiraciones fundamentales de nuestro tiempo, acusada de complicidad con las sordidas plutocracias imperantes, como un clero virtuoso y pobre, que resucitara el ideal franciscano.

El influjo social de la Iglesia decrece en las sociedades contemporáneas. Muchos católicos insignes han reconocido que la causa de este hecho es la falta de cultura y de virtudes del clero.

El insigne cardenal Mercier se lamentaba de la falta de inclinación á los estudios del clero belga, al cual invitaba á hacer otra cosa que mascullar viejos latines, dirigiendo los ojos del entendimiento más allá del breviario. En Francia, después de las luchas que hicieron inevitable la separación de la Iglesia y el Estado, católicos eminentes tuvieron el valor cristiano de proclamar que la derrota de la primera se debía á la inferioridad espiritual del clero. «Sobre los puntos esenciales de la doctrina—decía el canónigo Paul Barbier—poseemos otra cosa que fórmulas más ó menos vagas? Podríamos defender racionalmente nuestra fe? Seríamos capaces de tomar la ofensiva en la lucha ardiente de las ideas? El rector del Instituto católico de Lille, monseñor Baunard, reconocía asimismo la inferioridad intelectual del clero y la esterilidad de su acción moral. Y, según el rector del Instituto católico de París, monseñor Baudrillart, la incultura del clero hace que su influjo sólo pueda manifestarse en las clases populares más sumidas en la ignorancia...

He aquí un problema mucho más interesante que el de la condición económica del clero rural. Se habla mucho de cómo vive el clero rural. Importa también preguntarse: ¿qué hace? ¿Para qué sirve?

La dura vida del labriego no es de las más á propósito para despertar conciencias religiosas. Todo habla al hombre del pueblo, apegado al terruño, de la baja y grosera materialidad. No obstante sus exageraciones, las descripciones de Zola, en «La Terre» son bastante más exactas que los cuadros idílicos de los que arbitrariamente hacen de cada aldea una Arcadia feliz. Sean cualesquiera los peligros de la aglomeración urbana, el hombre de la ciudad respira la civilización en el ambiente. El hombre del campo no recibe ningún influjo civilizador, y vive, muchas veces, en comunidad material con las bestias que le ayudan en el trabajo. Es un producto directo de la naturaleza, sin el pulimento del arte más rudimentario. El egoísmo mezquino y el sordido interés son sus estímulos vitales; sus recursos, la violencia y la astucia. Los siglos han pasado sobre su estirpe sin debilitar su cerebro ni su corazón. Y en el fondo de su alma alienta perpetuamente un sentimiento de rencor y de desconfianza contra todo lo extraño que en la limitación de su mente se le aparece como hostil.

¿Qué hace, qué representa cerca de ese hombre el cura rural? ¿Está preparado para ejercer un influjo espiritual sobre él? ¿Puede tenderle una mano, ayudarlo á salir de la miseria moral, á sentirse hombre? ¿No se han preguntado esto nunca los insignes prelados á quienes espanta la miseria económica del cura de aldea?

A «La Filosofía de la miseria», de Proudhon, respondió Marx con «La miseria de la Filosofía». Hay en esta contraposición de títulos algo más que un juego de palabras. Quiso decir Marx que hay una miseria mayor que la material del pueblo que tiene hambre: la miseria moral de los pensadores incapaces de atacar valerosamente las injusticias sociales. En cuanto al clero, más aún que salvarlo de la miseria económica importa redimirlo de la indigencia espiritual. Porque hay una miseria todavía más lamentable que la que se refleja en las raidas y mugrientas sotanas: la carroña mental, que, transmitiéndose de generación en generación, entorpece y dificulta el progreso humano.

ALVARO DE ALBORNOZ

Censura injustificada

Injustificada, sí.

Y además, inesperada.

Y además, extemporánea y fuera de lugar.

Tal es la que Zozaya me ha dirigido en un artículo publicado en *El Liberal* del sábado último, titulado *Las culpas del genio*, y en el que, de no saber yo, como todo el mundo, que Zozaya es hombre serio, creería que había pensado burlarse de mí.

¿Genio yo? Ni como broma lo admito. Por esto no me explico que se me haya aludido en el artículo de referencia.

Voy á contestar á Zozaya, sintiendo que la gratitud que le debo por las alanzas que de mí hizo en ese mismo periódico al ocuparse de la vista del proceso que se me formó por encubrir á un criminal, me impida hacerlo en el estilo que suelo cuando, sin razón que lo justifique, me veo atacado por alguno de los que van á mi lado en busca de la verdad.

Para que puedan explicarse mis lectores el por qué hablo así, al á va lo que dice Zozaya en el artículo:

«Un escritor propagandista, que tiene derecho á ser respetado por su honradez y su integridad digna y austera, dedicó há tiempo, muchas columnas de su periódico á sacar á luz los delitos, vicios y debilidades de los sacerdotes de la religión. Con la mejor buena fe del mundo, aquel respetable varón hizo á la sociedad un

daño irreparable. Sean cualesquiera los perfeccionamientos de que puedan ser susceptibles las religiones positivas, sus sacerdotes ejercen hoy, sobre todo en nuestro país, una cura de almas saludable; desacreditarlos, sin haber sustituido previamente el actual criterio de moralidad, es desprestigiar al propio tiempo los principios fundamentales de virtud, justicia y misericordia. Si hay sacerdotes malos, esto nada puede significar contra el dogma; si el dogma es imperfecto, la mejor manera de perfeccionarlo no es desprestigiar á quienes lo predicán de buena fe y educan y enaltecen á sus conciudadanos. Por eso, lo prudente es cubrir sus defectos con la capa misericordiosa y filial de Japhet. Un hombre puede equivocarse; la verdad, nunca; el genio puede descender de su trono; la belleza eterna se queda siempre arriba.»

Si hubiera habido en España algún otro escritor á quien cuadrasen esas señas, de seguro que no se me ocurre ni sospechar que pudieran referirse á mí; no soy tan fátuo que me crea, no digo genio, ni pariente lejano de ninguno. Pero las señas son tan fijas y tan concretas, que no he tenido más remedio que darme por aludido.

Y una vez demostrado que no es la vanidad de codearme con los genios lo que me impulsa á tomar vela en este entierro, dígame á Zozaya:

Ignoro si los elogios que al comenzar el párrafo copiado usted me prodiga, debo tomarlos como expresión fiel de la opinión que de mí tiene, ó como preparación hábil que no permita dudar de la imparcialidad con que juzga mi labor antirreligiosa; mas como no quiero hacer suposiciones que pudieran molestarle, los considero de buena ley, y doy á usted las gracias por ellos.

Pero vamos á lo otro.

Al decirme usted que *he sacado á luz los delitos, vicios y debilidades de los sacerdotes de la religión*, reconoce que los tienen, lo cual nos pone de acuerdo en lo esencial.

Y al decir después que al airear yo esas debilidades, esos vicios y esos delitos, he hecho *á la sociedad un daño irreparable*, no sé qué sentimiento es mayor en mí; si el de tristeza por haber producido un daño cuando pensé hacer un beneficio, ó el de orgullo al ver que sólo, con un periódico semanal, he podido luchar contra y no ser vencido por una Sociedad compuesta casi en absoluto de partidarios de la religión que combató. ¡Vaya un tío con toda la barba, á pesar de no ser genio! Si llego á serlo, á estas fechas el catolicismo ha pasado á la Historia.

Mas permítame usted advertirle que exagera terriblemente al emplear la palabra *irreparable*.

¡Irreparable el daño causado á una religión que no perecerá jamás, según su divino fundador, y que cuenta con millones de millones de defensores en todo el Universo y á cuyos defensores se van sumando en España, y en vertiginoso tropel, los mis-

mos que hasta hoy la combatieron? Si usted no es de mi tierra, amigo Zozaya, merece serlo. Ni á Manolito Gazquez se le ocurrió exageración más grande.

Prosigamos:

No entiendo lo que usted quiere decir con lo de *los perfeccionamientos de las religiones positivas*. O el catolicismo es de origen divino, ó no lo es. Si lo es, no cabe perfeccionamiento; y si no lo es, todos tenemos el deber de procurar que se perfeccione señalando y combatiendo *los delitos, los vicios y las debilidades* de quienes debieran con su ejemplo enaltecerlo; que es lo que yo modestamente he pretendido. Millares de veces he dicho que mi labor se encaminaba únicamente á *moralizar* al clero.

¿Que debí *sustituir previamente el actual criterio de moralidad*, para tener derecho á condenar á los sacerdotes?

Supongo que no se referirá usted á los que predicán, cuando no practican la matanza de liberales; ni á los frailes que profanan niños; ni á las monjas que destruyen fetos; ni á los jesuitas que captan herencias; ni á los obispos que atesoran tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los consume y los ladrones los desentierren y roban.

Crea usted, Zozaya, que hubiera sustituido de buena gana el criterio actual de moralidad, sólo por no ver tales espectáculos. Pero ¿cómo intentarlo, habiendo hombres de la sabiduría y el talento de usted que hacen cuanto pueden para que se perpetúe el actual, al defender á quienes lo desacreditan con más fervor?

¿Que al *desprestigiarlos* (á los sacerdotes) *se desprestigian al propio tiempo los principios fundamentales de virtud, justicia y misericordia*?

Yo creía que esos principios los desprestigiaban: el cura Santa Cruz fusilando; el párroco de Locubin asesinando á su padre; el P. Román perforando niños, y cuantos sacerdotes los precedieron y los sucedieron en la práctica de estas obras de misericordia. Mas ahora advierto que me engañaba: quien desprestigia esos principios soy yo, al poner en la picota á quien los escarnece.

¡Cuánto se equivoca en sus juicios la mísera criatura humana, yo sobre todo! ¡Llevarme toda la vida trabajando para que prevalezcan esos principios y encontrarme con que he contribuido á desprestigiarlos! ¡Cuánto esfuerzo inútil! ¡Cuánta labor perdida! En estos instantes comprendo todo lo horrible de la condena de Sísifo!

¿Que *el que haya sacerdotes malos nada puede significar contra el dogma*?

¡Ya pareció el dogma! ¡Sin cancerberos laicos que se van tumbando á su puerta para guardarlo! ¡Pero es que usted, Sr. Zozaya, cree en el dogma, esto es, en la revelación di-

vina? Si así fuera, añadiría yo una equivocación á las muchas que en este punto he padecido. Al que me hubiese dicho antes de leer su artículo del sábado que usted creía en el dogma, le hubiera tratado de calumniador: su bagaje literario y filosófico me autorizaba para eso. Y, sin embargo, así parece que es.

Tendré que rendirme á la evidencia, y considerar á usted desde hoy como á uno de los más firmes puntales del catolicismo, dado lo mucho que vale.

En cuanto á lo de que los sacerdotes malos no son argumentos contra el dogma, ¿por qué entonces los sacerdotes *buenos* lo favorecen? ¿Por qué atribuyen los católicos al influjo de la religión la caridad de un San Francisco de Asís, y no el crimen de un Galeote?

¿Que si el dogma es imperfecto, la mejor manera de perfeccionarlo no es desprestigiar á quienes lo predicán de buena fe y educan y enaltecen á sus conciudadanos?

¡Qué escucho! ¿Perfeccionar el dogma? ¿Enmendarle la plana á Dios, que es la perfección suma? Alguna que otra herejía se me habrá escapado en mi ya larga labor antirreligiosa, mas creo que ninguna de ese calibre.

Dios no puede hacer nada imperfecto. En su clase, tan perfecto es el asqueroso escarabajo entre los bichos que vuelan, como el pintado colibrí; el repugnante sapo entre los que saltan, como el gallardo tigre; la desgarrada langosta, como la esbelta trucha. Por lo tanto, no me explico que Dios nos revelase la verdad á medias para que fuéramos perfeccionándola poco á poco, ó, si se desgastaba con el uso, le echáramos tapas y medias suelas.

Lo de que los curas *educan y enaltecen* á sus conciudadanos, lo desmiente usted mismo, amigo Zozaya, en las admirables Crónicas que en *El Liberal* publica pintando el atraso, la incultura y la degradación en que vivimos los españoles.

¿Que *deben encubrirse los defectos* (de los sacerdotes) *con la capa misericordiosa y filial de Japhet*?

No me parecería mal, si hubiese capas bastantes para cubrir á todos los Noés sacerdotales que se ofrecieran á la vista moralmente borrachos y en postura indecente, aunque esto dejase en mal lugar al hijo del Dios que nos reveló el dogma y que fustigaba duramente á los sacerdotes de su tiempo.

Y como no hay enseñanza que iguale á la del ejemplo, no sabe Zozaya, cuánto le hubiera agradecido que en la ocasión presente me lo diese, no dejando al descubierto en su artículo, y por dos veces, á uno de sus queridos compañeros de redacción. Pero se conoce que ya, como perfecto católico, ha hecho suya esta frase de

los clérigos: «Haz lo que yo te mando, y no hagas lo que yo hago.»

Creo no haber dejado sin contestar ninguno de los cargos que Zozaya me hace, por lo cual sólo me resta decirle

*Que como vivió hasta aquí
vivirá siempre Don Juan,*

sin creer en religión alguna, combatiendo la que padecemos los españoles, y lamentando que un hombre de su cultura y su inteligencia, se haya acomodado á respirar en el ambiente de farsa religiosa que atrofia el cerebro, pudre el corazón é inficiona los pulmones de esta España que usted ama tanto como yo.

JOSE NAKENS

La Asamblea de los 49

Iniciado en Bilbao el movimiento de rebeldía contra los poderes inamovibles é irresponsables del republicanismo, no nos detengamos ante escrúpulos pueriles, y sigamos adelante con decisión y constancia. Esto, amén de otras ventajas, tendrá la inapreciable de que España se fiará de nosotros en lo sucesivo, al vernos al fin haciendo justicia por nuestra casa.

Todos debemos hacer cuanto podamos para que esa iniciativa no se malogre, pues, si así fuera, no se me alcanza qué podríamos intentar ya, puesto que lo hemos ensayado todo: concentraciones, fusiones, uniones, coaliciones, conjunciones, todas con la mirada fija en las elecciones; organizaciones que sólo sirvieron para despertar ambiciones, enconar emulaciones é incubar traiciones.

Por mi parte, seguiré exponiendo lo que opine acerca de todo cuanto crea que puede contribuir al buen éxito del intento.

Y comienzo preguntando:

¿Deben ó no deben ser excluidos de la asistencia á la *Asamblea de los 49*, los individuos que contribuyeron como jefes ó diputados á hacerla necesaria? En mi opinión, sí deben ser excluidos. ¿No se ha pensado en celebrarla precisamente porque ellos han defraudado las esperanzas del partido? ¿Cómo entonces darles intervención ninguna en ella? Creeríase que no tratábamos de curar al enfermo, sino de aplicarle unos reactivos para que fuese tirando.

¿Que la medida pudiera resultar injusta, por haber quienes en los cargos que desempeñaron cumplieron con su deber? Sí; pero no tanto como á primera vista parece, puesto que, si no por acción, faltaron por omisión. ¿Por qué, si veían y tocaban el mal, no acudieron oportunamente al remedio? ¿Por qué no se anticiparon á hacer lo que últimamente los concejales de Bilbao, que expulsaron del Municipio á tres de sus compañeros por haberse manchado las manos?

Esto no se opondría á que la Asamblea autorizase al Directorio para que, si lo creía conveniente, influyera con los electores para que reeligieran á los que en sus cargos de concejal ó diputado se hubieran portado como debían.

¿Que esta manera de proceder tendría más de dictatorial que de democrática? ¿Quién lo duda? En toda revolución hay que obrar dictatorialmente hasta el momento de consolidar los principios que proclama. Y como la *Asamblea de los 49*, ó no es nada, ó es una revolución dentro del republicanismo, hay que dar de lado á esos escrúpulos democráticos que todos tenemos en boca, pero de los que casi todos prescindimos cuando se oponen á lo que deseamos alcanzar.

Y sigo preguntando:

¿Debemos ó no debemos exigir á los que mañana sean elegidos diputados ó concejales, que se comprometan previamente á dejar sus cargos cuando la autoridad suprema del partido, el Directorio, se lo indique? En mi opinión, sí debemos exigirselo, para precavernos contra futuras *melquiadadas*. Expulsando á tiempo á los que presenten síntomas de *salvatellamiento*, los que se fueran no podrían perturbarnos durante el tiempo que estuviesen claveteando su apostasía.

Además, ¿qué inconveniente puede tener ningún republicano en comprometerse á dejar el cargo, si está dispuesto á no dar pretexto á que se le recuerde ese compromiso? Al buen pagador no le duelen prendas, y sólo podrían repucharse en este caso los que llevarán el propósito de no jugar limpio.

Y última pregunta por hoy:

¿Deben ó no deben ser excluidos en las primeras elecciones municipales que haya, los individuos que formen parte del organismo superior de cada provincia? Y celebrada la Asamblea y nombrado el Directorio, ¿deben ó no deben aspirar al cargo de diputados los individuos que lo compongan?

Yo creo que ni los unos ni los otros deben ejercer cargo alguno de elección popular mientras pertenezcan á esos organismos. Hay que alejar del todo la idea de que esos cargos puedan ser codiciados para alcanzar aquellos otros.

La Asamblea viene á matar ambiciones, no á despertarlas. A exigir sacrificios, no á poner á nadie en condiciones de alcanzar provechos. En el momento que las masas vieran, ó sospecharan solamente, que se trataba de hacer vacantes para cubrirlas, ó de jugar al «quítate tú, para ponerme yo», el efecto sería desastroso y habría quien dijera: «para este viaje no necesitábamos alforjas.»

La sustitución de personas, si no llevase anejo el cambio completo de

procedimientos en todo, únicamente serviría para añadir una perturbación más á las muchas que han deshecho el partido. Y hay que matar de esta vez la *hidra republicana*.

«*Hidra*. (Mitología). Mónstruo fabuloso que fingían los poetas que habitaba en el lago de Lerna, y tenía siete cabezas, las cuales renacían conforme las iban cortando. Era hija de Tifaón y de Equidna (la serpiente). Como Tifaón es un mónstruo del huracán y Equidna es la nube tempestuosa, Hidra, hermana de Cervero y del perro Ortros, es una imagen de la lluvia. Destruía el ganado y las mieses, y con su silbido emponzoñado infectaba toda comarca, causando la muerte al que respiraba aquel ambiente. Este mónstruo fué muerto por Hércules.»

Y dicho lo que he dicho, séame permitido dirigir este ruego á los republicanos que tomen parte en las Asambleas provinciales y en la nacional:

Vayan todos dispuestos á convertirse cada uno en un Hércules para matar la *Hidra Republicana*, pues nada conseguiríamos si se contentaran con cortarle una cabeza, ó dos, ó las siete, puesto que se reproducirían.

Hay que acabar de una vez con todo y con todos lo que han traído el republicanismo al estado en que está. De no hacerlo así, seguiríamos como estamos. O peor.

Cada cabeza cortada á la *hidra mitológica*, se contentaba con reproducirse. La *hidra republicana* aspiraría á más: á que por cada cabeza cortada le salieran tres por lo menos.

Con que mucho ojo, y á no dormirse.

Yo, mientras las provincias se preparan y organizan, continuaré, no desahaciendo nada, por estar hecho polvo todo, sino aventando ese polvo, no sea que lluevan nuevamente sobre él aguas inmundas, y vuelva á convertirse el republicanismo en un barrizal intransitable.

Propósito adivinado

«Que si he emprendido esta campaña para ver si levanto el periódico.»

¡Claro! ¿Quién puede dudarlo, conociéndome un poco? Por eso y sólo por eso ha sido.

Sé que hay otros medios para ir trampeando en el periodismo: subvenciones de los gobiernos, de las Compañías privilegiadas, de las casas de juego; sé que también produce algo el favorecer este negocio inmoral y de callar ante aquel otro; y no ignoro que, desde que comenzó la guerra, los alemanes son generosos con quienes por convicción metálica los defienden.

Pero, nada; me he dado por levantar EL MOTIN combatiendo á los farfantes del republicanismo, y á los que lo explotan ó lo deshonran, y como esto agrada mucho á los partidarios de los individuos que hacen algo de eso, ó todo eso hacen, á centenares

entran ahora las suscripciones. ¡Si seré yo listo!

No negaré que entre esos suscriptores, quizá se deslicen algunos atraídos por la novedad de verme atacar á los jefes ¡yo que tanto los adulé siempre! y señalar las macas del partido, ¡yo que nunca las descubrí! La gente es muy novelera.

Algunos, según he sabido por revelación divina (conducto el más autorizado para enterarse de lo que no existe), parece que se dicen:

«¡Qué novedad tan sorprendente! ¡Nakens atacando á los jefes, señalando los males del partido y marcando derroteros! ¡Quién lo hubiera creído en un hombre que nunca hizo tal cosa, y que parecía tan sensato! ¡En un hombre que fué siempre tan sumiso, tan disciplinado, tan prudente! ¡O va para loco, ó chochea ya!»

Soporto con resignación ese juicio, porque lo merezco. Todo cambio de actitud, y más en sentido provechoso, lleva aparejado ese castigo.

¡Pobres Melquiades, Junoy y Salvatella! ¡Qué malos ratos estarán pasando, á juzgar por los que yo llevo desde que, contradiciendo toda mi historia, me ha dado por atacar á jefes, jefecillos, caciques y caciquillos, para ver si levanto el periódico!

Los compadezco. Hasta ahora no había comprendido los remordimientos que engendra la apostasía.

EN OTRO ESTILO

Si, desgraciadamente, no me sirviera el estilo irónico de desagüadero de la bilis, sería cosa de estar reneando siempre, y dar salida á la indignación en esta ú otra forma parecida, cuando llegaran casos de estos:

«No, mamarrachos, no. Yo no hice nunca nada que no debiera para sostener EL MOTIN, ni tampoco para aumentar las suscripciones; suscripciones que deberían pasar de cuarenta ó cincuenta mil, si los republicanos todos y los librepensadores supieran leer lo que escribo.

No, necios, no. Yo nunca halagué á los de arriba, ni á los de enmedio ni á los de abajo, por adquirir lectores. Lo mismo combatí á los jefes, que á los jefecillos, que al pueblo, cuando creí que no iban por donde debían. Fundé el periódico para hacer propaganda republicana y limpiar de telarañas religiosas los ojos de mis compatriotas; para decir sin ambages lo que sentía. Y por esto hablé siempre como si estuviera solo, como si no hubiera de enterarse nadie más que yo. Bien mirado, yo no he hecho en política sino sostener un monólogo que han escuchado los que como yo pensaban.

No, imbéciles, no. Campañas parecidas á la que hoy hago las hice siempre, lo mismo cuando tiraba EL MOTIN veinte mil ejemplares, que cuando, combatido ferozmente por cleri-

cales y cochinemente por republicanos, descendió en 1898 á tres mil.

No, comineros, no. El reanudarla ahora, ha sido por haber afirmado algunos radicales de nota en el mitin de Pueblo Seco, que el partido estaba muerto desde 1910. Y me dije: «Cuando hablan así éstos, algunos de los cuales han actuado mucho tiempo de ayudantes y confidentes de Lerroux, ¿cuál no verán de perdida la causa? ¿Cómo no estará Barcelona, la población que llevaba la voz cantante en el republicanismo? Me haré, pues, eco de lo que dicen, para que se enteren, los que quieran, de que los que están en las interioridades del partido radical, el único que parecía medio organizado, reconocen ya que así no podemos seguir.

Pero vamos á suponer que ahora, por excepción, hubiera pensado en hacer algo por EL MOTIN ¿quién podría censurarme?

¿No es más digno de un republicano que tiene un periódico tratar de sostenerlo diciendo la verdad á sus correligionarios, que no ocultándose la por conveniencia propia?

Y sabiendo dónde y cómo puede un periódico proporcionarse recursos con sólo pasarse su director la mano por la cara, ¿cómo no aplaudir al que pretende salvar el suyo llevándola descubierta?

Al decir hace pocos números que hablaba de mis apuros económicos *por sport, ó por darme importancia*, lo hice en el estilo irónico á que apelo siempre que me veo obligado á tratar asuntos que me molestan. Pero en este instante se me ocurre, que pude bien decir lo de *darme importancia* con cierto orgullo. Hemos llegado los republicanos á tal desdicha, que tenemos que apuntar ya en la página de los méritos el no habernos prostituido.

Esto da idea de cómo estamos.

GRACIAS, AMIGOS

No todo ha de ser molestias y contrariedades.

La mayoría de los lectores de EL MOTIN que renuevan la suscripción del año próximo, me escriben algo muy halagador para mi labor de periodista y de republicano. Si lo reprodujera, se enterarían todos de lo que yo tengo olvidado: que no hay un republicano que cuente con más amigos verdad que yo. ¡Diez mil todavía!

¡Y qué diez mil! De lo más selecto de la clase desinteresada.

De mí no pueden esperar nada en el presente: ni que los haga concejales, ni presidentes de Comité; ni que les proporcione siquiera una credencial de mil pesetas. Y en cuanto al porvenir ¿dónde estarán mis huesos cuando pueda establecerse la República?

Por esto los llamo amigos frecuen-

temente; y no de los que vuelven la espalda (lo usual) cuando sospechan que puede uno necesitarlos, sino de los otros: de los que acuden siempre como la sangre á la herida.

De muy buena gana insertaría en EL MOTIN lo que algunos me escriben: si no lo hago, es porque parecería que trataba de estimular á los demás. Yo sé que todos responderían, si todos pudieran. Demasiado hacen con seguir suscriptos. Sobre todo en las localidades pequeñas, se necesita más valor para estar suscripto á EL MOTIN, que para acostarse con un fraile.

Noticia sorprendente

Encargándome la más absoluta reserva, se me ha dado una noticia que voy á transmitir á mis lectores, recomendándoles á mi vez que la mantengan, como ven que lo hago yo, guardada en el arca de los secretos absolutos, bien cerrada, bien sellada y hasta con su correspondiente precinto.

La noticia es esta:

Los jefes, jefecillos, caciques y caciquillos que han contribuido con más celo y eficacia á retrasar ó impedir la venida de la República, andan afanosos estos días averiguando su paradero, para dirigirle este Mensaje que el arrepentimiento les debe haber dictado:

«Egregia Señora, más pura que el aliento de los ángeles (piropo á Nozaleda del marqués de Villaviciosa en el Congreso á raíz de haber ese arzobispo traicionado á España en Filipinas), pero á la vez más fornicada por nosotros moralmente que lo fué nunca materialmente la ramera más zarzapastrosa del gremio de las de panecillo y sardina.

«Estando al parecer decididos los republicanos á organizarse por provincias, y no queriendo nosotros ser un obstáculo para la realización de idea tan justa y trascendental, nos apartamos voluntariamente á un lado, á fin de que no suponga nadie que por envidias mezquinas ó miras interesadas tratamos de trabajar insidiosamente en contra de tal propósito.

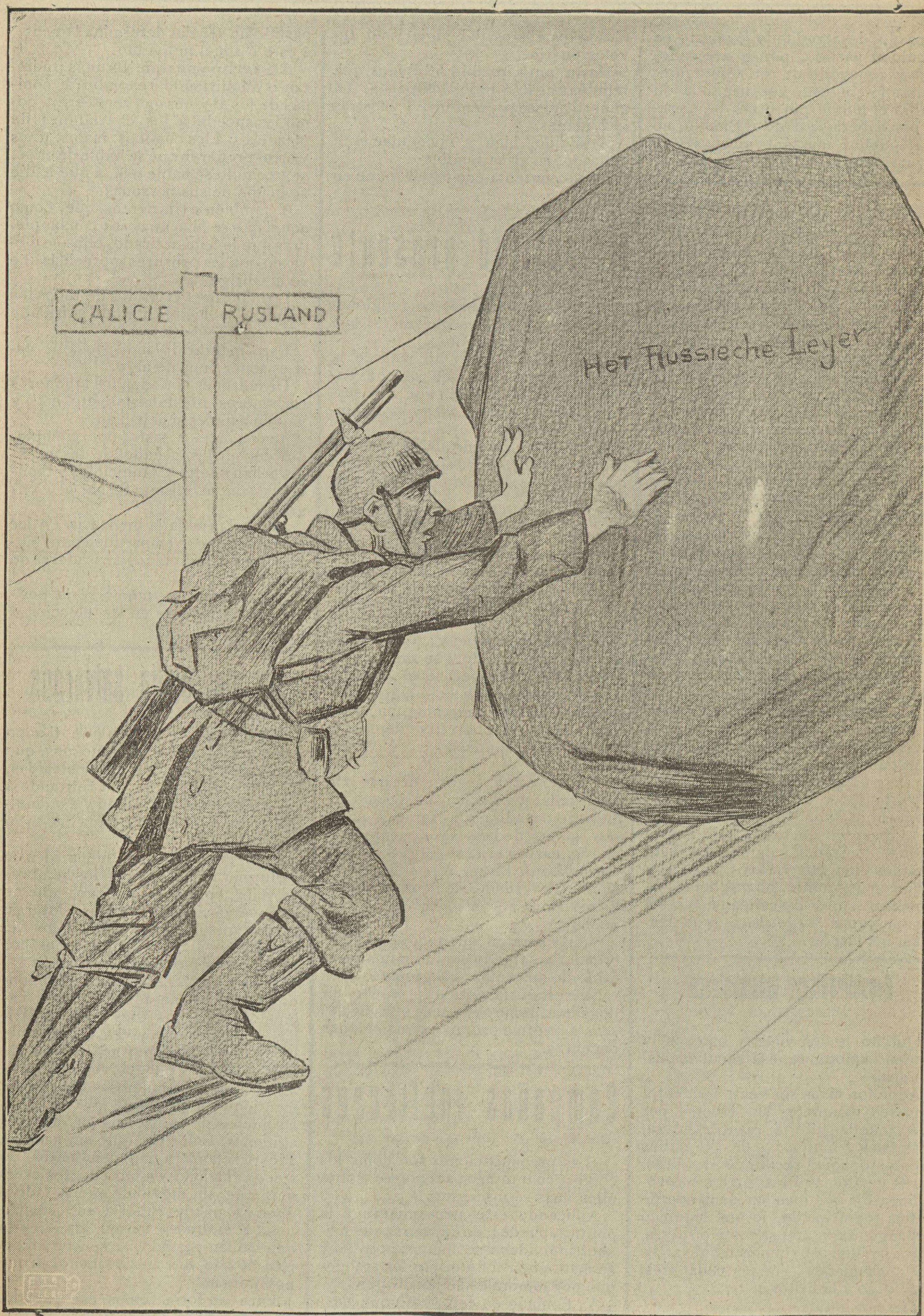
«Deseando que otros os devuelvan, Señora, el prestigio y la respetabilidad que con nuestras torpezas, errores ó apetitos os hemos quitado, os pedimos humildes y contritos que nos perdonéis, prometiéndolos de antemano acatar la ley que dé al partido la *Asamblea de los 49* elegidos por el Pueblo.

Y os lo decimos, Señora, por si os dignáseis trasladarlo á los que no se fiarían de nuestra palabra, si directamente se la diéramos.

Aquí las firmas

Felicito á los cuarenta ó cincuenta firmantes de ese documento (pues no pasan de ese número los republicanos de algún relieve que han estafado,

Sisifo.



Los Ejércitos rusos.
Ayuntamiento de Madrid

(RAEMAEKERS.)

enervado, desacreditado, ó puesto en ridículo al partido, por lo acertado, justo y abnegado de su resolución; esperando que esta vez hagan á su palabra el honor que otras le negaron por habérsela dado al Pueblo, no á la República, que tanto aman, según aseguran en los mitins electorales.

EL GATO ESCALDADO...

Así como los aliados cuando triunfen no se fiarán de las palabras que dé Alemania ni de los tratados que firme, por haber adquirido la triste experiencia de que no cumple las unas ni respeta los otros, así los republicanos no podemos ya, sin declararnos previamente tontos de solemnidad, atender, ni escuchar siquiera, los propósitos de unión y concordia que nos ofrezcan nuestros jefes y representantes. El gato escaldado...

Todavía, si no hubieran faltado á su palabra más que una vez, pudiéramos hacernos los distraídos en la esperanza de que, arrepentidos ó escarmentados, tomaran otros derroteros. Pero siendo reincidentes, ¿íbamos á ser tan cándidos que los creyéramos, así nos lo juraran puestos en cruz, así lo firmaran con la sangre de sus venas?

No, y no, á menos que no hayamos perdido ya todos hasta la idea de que existen estas palabras en nuestro idioma: decoro, dignidad y todas sus similares.

¿Y si ofrecieran variar de conducta? Tampoco.

Las Magdalenas suelen arrepentirse honradamente alguna vez. Por lo menos, hay un ejemplo.

Los políticos de estos tiempos se arrepienten también; no puedo negarlo; pero es de haber sido consecuentes, honrados y dignos. De esto tenemos ejemplos varios.

Por consiguiente, no nos fiemos de promesas, si por casualidad nos salen ahora algunos *Magdalenos*, y adelante sin los faroles.

Republicanismo funambulesco

Que no le den vueltas quienes lo venían explotando: ese republicanismo acabó.

Aquellos vivos sin venir á cuento, aquellos banquetes sin saberse por qué, aquella gritería ensordecedora, antipática é inofensiva de los mitins sin objeto; aquel recibir con músicas, flores y palomas á los terribles revolucionarios que iban en demanda de votos; todo, en fin, lo que significó bullanga, zaragata, saltos y piruetas, *blanchas* (en esto hemos tenido artistas consumados), juegos malabares, todo pasó á la historia.

¡Ya era hora!

El partido va hoy por camino más serio, y la *Asamblea de los 49* acaba-

rá con los restos del juglarismo revolucionario.

Hasta tanto, recibid á silbidos, ¡oh republicanos!, á todos los artistas del género que se presenten por vuestras localidades.

El silbido, bien y oportunamente aplicado, es arma temible.

No se contenta con matar: pone en ridículo.

Mi actitud presente

Me felicitan algunos correligionarios por las verdades que dicen que suelto ahora al partido.

Lo agradezco, pero no merece la pena: lo hago, para que se convenzan, los que no lo estén aun, que surge celebrar cuanto antes la *Asamblea de los 49*.

Y también porque, si emprende pronto el viaje sin vuelta, no quiero que nadie me despida como la gitana del cuento.

Por si alguno ignora ese cuento, allá va:

Murióse un *cañí*, célebre por lo embustero, y su mujer, al despedir el cadáver, repetía con tal insistencia, «¡adios, adios, saco é verdades!», que uno de los que la escuchaban le indicó que no repitiese aquello, pues sabía todo el mundo que en su vida se le escapó una verdad al difunto.

—¡Pues si por eso se lo digo! replicó ella. Como no largó ninguna, se las lleva toitas el pobretico dentro el cuerpo. ¡Adios, adios, saco é verdades!»

Y como estoy seguro de que me desagradaría escuchar un piropo semejante cuando me llevarán á enterrar, quiero dedicar unos cuantos números, hasta ver si se lleva á cabo la *Asamblea de los 49*, á ir soltando siquiera las verdades de menor calibre. Es peso muy abrumador para un viaje tan largo.

Y más para mí, que tendré que emprenderlo cargado con el voluminoso fardo de mis culpas religiosas.

Se retrasaría entonces mucho mi llegada al Infierno, y tengo vivos deseos de verme pronto entre personas decentes.

Campañas ineficaces

«Las preocupaciones son como los clavos; cuanto más se golpea sobre ellos, más se inscrutan.»

Aplicando este pensamiento á la política, puede bien afirmarse que muchos individuos se han mantenido y se mantienen á flote, por los ataques que por inmorales se les dirigen.

Y, fundado en esto, creo que convendría estudiar si sería más eficaz hablar en adelante de los vicios del

partido sin señalar determinadamente á éste ó aquél individuo.

Así evitaríamos que algunos pudieran ir adquiriendo renombre á compás de los ataques que recibieran, como les sucede á los charlatanes de plazuela y á los cómicos malos: unos y otros prefieren que se hable de ellos, aun cuando se hable mal, á que nadie se ocupe de sus personas.

Y también evitaríamos que, como aquel que se hizo una casa con las piedras que le habían tirado, ellos se elevasen con las censuras merecidas que se les dirigieran.

Los doctores Garridos de todos los tiempos se hicieron ricos sufriendo ataques y cuchufletas.

Para medrar, lo indispensable casi es tener fama de algo.

De ladrones la tienen los tahoneros carboneros, prestamistas, etc. etc., y ya ven ustedes si pelechan.

Todos hemos visto, por ejemplo, que concejales tachados de desaprensivos han vuelto al Municipio, y diputados con la misma tacha, al Congreso.

Lo cual prueba la ineficacia de las campañas que se emprenden para inutilizar á los individuos acusadores de inmorales.

De ser eficaces, ¿cómo sería posible que obtuvieran en las elecciones ni un voto siquiera?

Lo que podía salvarnos

«Ocurre desde hace algún tiempo entre nosotros los republicanos, que los más patriotas, los más instruidos, los más honrados, se van retirando á sus casas, mientras bullen y excomulgan y medran los que nada hicieron y menos valen.

Creo que sería una buena idea la de formar un partido con los hombres de valer, enérgicos y dignos, que no se sometan ciegamente á las jefaturas: partido que no se parecería á los demás y que valdría más que todos por su calidad y hasta por su número.

Y esto se conseguiría reuniéndonos todos los anatematizados y calumniados por los jefes y sus camarillas, todos los que viven alejados de la política activa por no morir de asco; todos los que la vocinglería y la farsa de los ambiciosos de retrete mantienen á prudente distancia de las luchas de infusorios en que nos agitamos; todos los que, sin haberse aún proclamado independientes, lo son en realidad; en fin, cuantos creemos que sin dignidad en los individuos no puede haberla en los partidos. Y entonces verían los jefes lo que habían perdido, y se convencerían de que vale mucho menos lo que hoy tienen.

Pero no formaremos ese partido. Todo lo que es de osada la ineptitud, tiene de modesto el mérito. Entre los

republicanos vienen predominando los presidentes de comité que aspiran á ser mañana alcaldes, los de juntas provinciales que sueñan con ser gobernadores, y los individuos de las juntas directivas que casi no se contentan con ser ministros; y nada más natural que acojan, y apoyen y busquen fuerzas entre los que tienen echado el ojo á las plazas de inspectores de policía, cabos de consumos, directores de asilos benéficos y contratistas de la limpieza de pozos negros.

¿Y quién se pone enfrente de toda esa basura sin exponerse á perder el olfato y sucumbir por contagio de cualquiera de esas enfermedades mortales cuyos microbios se llaman inmoralidad y desvergüenza?»

Esto escribí en 1894, lo cual prueba que ya entonces andaban nuestras cosas medianejamente.

Seguí tocando varios registros, sin resultado práctico hasta llegar á la Unión del 25 de Marzo de 1903, que avivó los entusiasmos y aumentó las esperanzas, tanto, que los mismos monárquicos creyeron que la República venía.

Aquello pasó pronto, y volvimos á la desunión y el desconcierto, hasta que los sucesos de 1909 determinaron la caída de los conservadores, y con ella nuevas elecciones que reanimaron un poco el republicanismo.

Mas en breve volvimos á lo de siempre: que si el partido radical es el verdadero zaragozano; que si lo es la Conjunción; que si se separa éste; que si se va á la Monarquía aquél; y, en fin, que estamos hoy peor que nunca; los unos cansados, los otros desengañados, muchos asqueados, y siendo cada vez mayor el número de aquellos con quien yo propuse formar un partido en 1894; los retirados de la lucha activa.

Si se consigue que salgan ahora y tomen parte en la reorganización por provincias, no desesperemos; pero si no, vayamos acostumbRANDO á la idea de que está lejos, muy lejos la República, digan lo que quieran los que alcanzan con la Monarquía lo que seguramente en aquella no hallarían.

Por esto ruego á cuantos están apartados de la vida activa del republicanismo que vuelvan á ella, para hacer posible la *Asamblea de los 49*.

Adjetivos periodísticos

Varias veces se ha tratado entre los profesionales de la Prensa, si sería conveniente la creación de un arancel para los bombos, elogios y adjetivos encomiásticos, que á diario se prodigan á troche y moche en los periódicos, por rutina, por halagar á un amigo ó conocido, ó por no saber cómo llamar á ciertos individuos más ó menos encasillados en la categoría de personajes.

• Esto del arancel, que pudiéramos llamar «encomiástico», sería una buena

f fuente de ingresos para la caja de los periódicos; únicamente habría una dificultad, que al salir un individuo piropeado en un diario, los lectores no sabrían distinguir si el ditirambo era de cuño legítimo ó había costado sus pesetitas.

Fuera de esta pequeña dificultad, estaríamos rodeados de no pocas ventajas y desaparecerían de las columnas de los periódicos las siguientes frases estereotipadas, tan inútiles como ridículas:

«Anoche salió para Sevilla el «ilustre» hombre público don Tomás Zoquete.»

«Ha llegado á esta población, hospedándose en el hotel X, el «acaudalado» comerciante señor Dimas.»

«Procedente de los baños de Z, han regresado á su hogar las «bellas» hijas de nuestro cordial amigo don Piltrafa.»

«Anoche debutó en el cabaret P... la «monísima» cupletista Antonia Ladilla.»

«Están llamando poderosamente la atención los cuadros que en la sala M... ha expuesto el «inspirado» artista señor Pastel.»

«La «distinguida» esposa del riquísimo comerciante don Zenón ha dado á luz con toda felicidad un «hermoso» y «robusto» niño.»

Yo no sé por qué sería; pero, siempre las señoras, cuyos partos se anuncian en los periódicos, son siempre «distinguidas», y los niños «hermosos» y «robustos», cuando en ese lance los chichuelos son carne rojo-violácea, chatos, con los ojos legañosos, boca hundida, en fin, una verdadera «preciosidad».

Otras veces leemos:

«Anoche falleció la esposa de nuestro particular amigo, ó la madre etc... La finada era un modelo de virtudes, y muy querida de todo el mundo, por las bellas prendas que la adornaban.»

Todas las señoras que se mueren eran «modelos» de esposas ó de madres, eso ya se sabe.

«Nuestro muy «querido» (y se está deseando que reviente) compañero en la Prensa, Aceituno, ha estrenado ayer en el M... un «graciosísimo» sainete, en el que abundan las situaciones cómicas de la más pura ley. Auguramos al novel y ya «reputado» autor dramático los más ruidosos triunfos en la escena.»

«La plática que pronunció ayer en las Corazoneras el R. P. Alcornoque, el «venerable» y «elocuentísimo» predicador de esta ciudad, estaba llena de «celestial unción» y conmovió profundamente á los circunstantes.»

«Se anuncia que en breve hará «gravísimas» declaraciones políticas, relacionadas con el actual conflicto europeo, el «influyente» fabricante de alpargatas señor Cañamo.»

«En los círculos literarios (léase las mesas de café) corría ayer el rumor de que en breve saldrá á luz una interesante novela de alto concepto psicológico del gran «maestro» en lides literarias, Antonio Simplón.»

Otra, muy frecuente, en las revistas «ilustradas»:

«Nuestro «genial» y «simpático» compañero Ladilla, celebrando una interviú con el «opulento» fabricante de conservas, Ignacio Pepinillo.»

Y el «genial» y «simpático» compañero aparece en todos los números en primer término, con una actitud de pedante, y un gesto de idiota endiosado, que tumba de espaldas.

¿Para qué seguir? No acabaríamos nunca. Mucha parte del público sabe ya de

antemano el valor intrínseco que tienen estos adjetivos periodísticos; pero todavía quedan muchos que los toman por oro de buena ley. Y así como es una señal de buen gusto no usar condecoraciones, ni ponerse en los escudos de armas, títulos y garambainas, sino el nombre y apellido á secas; así llegará día en que la señal auténtica de ser un hombre de mérito, consistirá en que su nombre vaya siempre despojado de todo adjetivo encomiástico.

De esta plaga tenemos la culpa todos los que escribimos para el público, que, avaros para el elogio de los de casa, les prodigamos locamente al primer pedazo de atún que se nos entra por las puertas. Podemos aplicarnos el titulejo de la comedia de Federico Oliver, «El crimen de todos», pues todos hemos sido «criminales» en esa materia.

Yo mismo, en tantos años como llevo escribiendo para el público, á cuánto animal, á cuánto adoquín he llamado ingenioso, distinguido, ilustre, venerable, maestro, insigne, inspirado, eminente, austero, virtuoso, cerebro privilegiado, pluma ética y viril, bondadoso, etc., etcétera, á pesar de estar convencido de que la justicia rechazaba tales epítetos; pero había que seguir la costumbre, la necia y ridícula costumbre que hay en estos casos, y en la cual procuraré no incurrir de aquí en adelante.

Y lo peor de este lance es que los necios lisonjeados con tales loas rutinarias, se «tragaban el bollo», como dicen los andaluces, y aun se creían merecedores de mucho más, mirando á todos por encima del hombro, escupiendo por el colmillo, y considerándose como gigante en tierra de pigmeos.

Recuerdo que una vez había aquí, en Barcelona, un badulaque que escribía como podía haber echado medias suelas, porque sí. Todo el mundo lo tomaba en broma; á mí me daba lástima, y le dediqué uno de mis libros, con unas líneas que le hicieron saltar de júbilo. Al poco tiempo «pedescribió» él cierto libraco, y al devolverme el obsequio (cosa para entre escritores), me puso esta dedicatoria, que es todo un mundo revelador:

«A: J. G., el autor.»

El imbécil había tomado en serio lo de «prez y regocijo de las letras», que yo le llamaba. A su lado era yo una caja de betún.

Suprimamos, pues, los adjetivos encomiásticos, queridos (sin duda) colegas, ó forjemos un arancel particular sobre poco más ó menos así:

Ilustre: diez pesetas.

Venerable: veinte pesetas.

Bella: cinco pesetas.

Inspirado: ocho pesetas.

Eminente: cincuenta pesetas.

Opulento: cien pesetas.

Distinguido: tres pesetas.

Genial: cuatro pesetas.

Austero: seis pesetas.

Espléndido: cuarenta pesetas.

Político: veinticinco pesetas.

Virtuoso: cincuenta pesetas.

Poeta: una peseta.

Y así por el estilo.

De este modo todo, saldríamos ganando: por una parte, la vanidad humana, que es una mina inagotable, y por otra, las cajas de las Empresas periodísticas. Y nosotros tendríamos la satisfacción de saber que si buenos elogios prodigamos, buenas pesetas les costaría á los «interfectos». —FRAY GERUNDIO

El ejemplo

I

Magnífica está la iglesia; cien mil hachones dorados iluminan su recinto, en los altares formando cien arcadas de brillantes que cruzan á todos lados, que se extienden y se abrazan cual serpiente de mil brazos. Doquiera lucen las joyas colgadas de ricos mantos; doquiera cintas de perlas los ojos van encontrando. Ora bandejas de plata, ora cálices dorados, todas las joyas del mundo se ven allí en cualquier lado, como si tantas riquezas alimentaran los santos... ¡Qué distinto de los pobres, que en las gradas sollozando, tras la mezquina limosna tienden al hombre su mano!... Notas de dulce armonía se pierden en el espacio, y ecos de voces sonoras elévanse en dulces cantos, mezclados con los perfumes que brotan del incensario. No sé qué tiene la iglesia, que en el corazón humano con hábil vértigo arranca la emoción y el entusiasmo. Un sacerdote que lleva también joyas en su manto, desde el púlpito domina los fieles arrodillados. Hoy su sermón se reduce á hablar del bien, del encanto que la caridad encierra para el que humilde y cristiano ampara al pobre afligido sus lágrimas enjugando. «Católicos feligreses (dice con acento claro): el aliviar los pesares de nuestros propios hermanos es la diadema mejor del corazón de un cristiano. No cerréis vuestros oídos á sus lamentos amargos; si os pide limosna un pobre, debéis, al punto, ampararlo. Partid vuestro pan con ellos, enjugad, hijos, su llanto, que Dios en el cielo premia la caridad con sus brazos.» Y sobre este mismo tema siguió el padre perorando hasta arrancar mil sollozos con las frases de sus labios. Silba el cierzo en los cristales, tórnase en negro el espacio y gruesas gotas descienden las aceras salpicando. Ya es tarde; nadie transita, que está el cielo encapotado y el trueno zumba en los aires las altas nubes cruzando. Nadie se ve: sólo un hombre sobre la acera está echado

dejando escapar sus quejas al aire de cuando en cuando. Triste es su apenado acento, desgarrador es su llanto, que sólo el viento contesta por las rendijas silbando. Vedle: es un pobre mendigo de rostro amarillo y flaco, que asoma bajo el sombrero mechones de pelo blanco. ¿No habrá un alma compasiva que socorra al triste anciano? Sí; por la calle aparece de improviso un embozado que se aproxima hacia el pobre distancia veloz ganando. Es el padre Luis: el mismo que ha poco en el templo santo la caridad y el consuelo predicaba á sus hermanos. ¡Dios al fin se compadece del mísero abandonado! —Señor... ¿Quién es?—Un medigo que á vos dirige su mano. Un pobre que hambriento gime, sin pan, sin luz, sin amparo. Miróle el cura un momento, y adelantándose un paso. —¡Perdone, hermano, por Dios! dijo con acento uraño. —Señor... que mis pobres hijos están casi agonizando. Dadme, padre, una limosna. Tendedme, señor, la mano... Volvióse impaciente el cura, y el embozo asegurando, —No tengo suelto, le dijo. ¡Perdone por Dios, hermano!... Se oyó el eco de un lamento; un ¡ay! de muerte, un porrazo, y después silencio, nada... pasar el viento silbando.

R. B.

A NUEVOS TIEMPOS...

Han echado de Méjico á todos los curas extranjeros que se dedicaban, como en todas partes, á sembrar discordias entre los naturales.

Si aquí imitásemos á los mejicanos, nos quedaríamos sin frailes ni jesuitas en una semana.

Pero si retuviéramos á todos los que, á más de encizañar á los naturales, les hubiesen deshollinado la bolsa, entonces, entonces...

Saldrían muy pocos.

Leí hace tiempo, y no recuerdo dónde, que San Gregorio mandó enterrar á un monje porque poseía tres monedas de oro.

De vivir hoy el santo, lo ahorcarían á él los monjes si tratara de impedirles que se hicieran donar todas las monedas de oro de los fieles.

Y las de plata.

Y las de cobre.

A nuevos tiempos nuevas costumbres.

LA CASTIDAD

Encontrándome en Sain-Lô, hace unos diez años, conocí en casa de cierto amigo que reside en este pueblecillo montañés, á un sacerdote instruido y elocuente con quien me gustaba platicar.

Insensiblemente me capté su confianza, y ambos departíamos sobre áridas cuestiones en las que revelaba la penetrante sutileza de su ingenio á la vez que el divino candor de su alma. Era un sabio y era un santo. Gran casuista y gran teólogo, expresábase con tanto poder y encanto, que nada me era tan grato en aquella aldea como escucharle. Sin embargo, durante muchos días no osé mirarle. Por la talla, la forma y la apariencia era un monstruo. Figuraos un enano patizambo y torcido, agitado por una especie de baile de San Vito que le obligaba á saltar en la sotana como dentro de un saco. Los bucles de blondos cabellos que le caían sobre la frente revelando juventud, le hacían más horroroso todavía. Mas obligado á contemplarle cara á cara, llegó á interesarme poderosamente su fealdad. La contemplé y medité sobre ella. Al mismo tiempo que sus labios descubrían en una sonrisa seráfica los restos negros de tres dientes, y mientras que sus ojos, inquisidores del cielo, se animaban bajo los párpados ensangrentados, yo le admiraba, y, lejos de compadecerle, envidiaba á un ser tan maravillosamente preservado por la deformación perfecta de su cuerpo contra las turbaciones de la carne, contra las debilidades de los sentidos, contra las tentaciones que la noche oculta en sus sombras. Le consideré feliz entre todos los hombres.

Ahora bien; cierto día descendíamos de una colina discutiendo sobre la gracia, cuando de súbito se detuvo el sacerdote, y apoyando pesadamente su mano en mi brazo, dijo con acento tan vibrante que aún lo estoy oyendo:

—Yo lo afirmo, yo lo sé: la castidad es una virtud que no puede observarse sin el socorro especial de Dios.

Estas palabras me revelaron el abismo insondable de los pecados de la carne. ¿Qué justo no sentirá la tentación, si hasta el que, al parecer, sólo tenía cuerpo para sufrir, también sentía los aguijones del deseo?

ANATOLE FRANCE

**CALUMNIAS AL CLERO
MÁS CALUMNIAS AL CLERO
OTRAS CALUMNIAS AL CLERO
NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO**
Inventadas

por

José Nakens

Precio de cada tomo: DOS pesetas.

Imprenta Sucesores de Ambrosio Pérez
Mendizabal, 6, Madrid.